

Mi voluntad me dijo entonces: "Ten valor, ten entereza"; pero mis pies se hicieron los desentendidos y, cual si tuviesen las alas de Mercurio, echaron a correr vergonzosamente...

ORACIONES Y TIROS

Corría como un gamo cuando de pronto vi el zaguán de las Figueroas abierto. "¡Eureka! —pensé—; por aquí puedo irme al curato, y del curato al templo, y en el templo quizá pueda esconderme, y escondiéndome allí tal vez pueda salvarme." De un salto introdujeme en la casa de las Figueroas cuando éstas intentaban cerrar su puerta, echando trancas y cerrojos. Las trancas eran auténticos morillos y me parecieron delicadas espinas; los cerrojos eran fuertes brazos de hierro que cruzaban en toda su extensión las dos hojas del zaguán, y yo los ví como insignificantes pestillos de hojalata.

Proporcionáronme una escalera las dueñas de la casa y me indicaron el sitio del corral que lindaba con el curato.

—Por allí caerá usted cerca del común y dése prisa, que está muy tupida la balacera.

Trepé algunos escalones, cavilando si aquello del común lo diría por el espanto que sin ambages delataba, y me apresuré a subir hasta lo más alto de la tapia, pero unos silbidos extraños me hicieron volver la cabeza a tiempo que por la esquina del Mulato bajaban, en una carrera de con curso, las hordas chavistas, disparando sus armas a diestra y siniestra y gritando desafortadamente:

—¡Viva el general García Chávez!

—¡Viva el *proteitor* de los *probes*!

Muy bien pudieron verme los bandidos, a horcajadas sobre la barda, y también hacerme blanco de sus proyectiles que zumbaban en mi redor con ese ruido peculiar de los alambres del telégrafo cuando reciben una violenta sacudida.

—Tírese como pueda —apremiaban las Figueroas—, pero

yo medía con los ojos la altura del muro de más de cuatro varas, y el temor de dislocarme un hueso deteníanme montado en la tapia, expuesto a que un tiro clareara para siempre mi cabeza. El pánico deforma de tal manera el concepto del peligro que, por defender una uña, sacrificamos inconscientemente la vida.

Un compadecido acercóse con una tranca, del lado del curato, y yo bajé por ella con la facha ridícula del que resbala por una cucaña. ¡No fue, por cierto, muy halagüeña la cara que puso el cura cuando me vio en sus dominios! "¡Esta oveja no es de mi rebaño!", pensó de segura. Sin embargo, indicóme el camino de la iglesia y el lugar que, a su juicio, era más propio para que me escondiera:

—Váyase a la cripta del altar mayor y no se asome para nada, porque me compromete.

En tan reducido espacio encontré a otras personas ocultas y, de pronto, no me di cuenta de quiénes eran, pero cuando mis ojos se hicieron a la oscuridad, pude reconocer a las muchachas Gallardos, dos guapas morenas de formas exuberantes, que yo miraba con gran codicia cuando pasaban frente a mi tienda. Aseguro y afirmo que acomodado entre ellas, no me acometió ningún mal pensamiento y que mi carne pecadora nunca estuvo más tranquila que entonces, no obstante el calor que emanaba de aquellos cuerpos jóvenes y altivos, apretados inocentemente a mis piernas. El miedo es sedante, es humilde y es casto.

Ni una palabra, ni un comentario, ni un murmullo. Así pasaron entre nosotros horas y más horas, largas, lentas, de sesperantes. De noche ya, se percibió el sonido de unas espuelas que atravesaban el templo. Más tarde, la voz conmovida de un sacerdote que rezaba desde el púlpito la letanía:

Mater Salvatoris...
Consolatrix afflictorum...

Nadie le respondía. Solamente, a lo lejos, escuchábase tiros aislados, contestando a las oraciones piadosas con su blasfemia salvaje.

NOCHE TRISTE.

Llegó la aurora, como doncella recelosa que temiera también ser violada, y comenzamos a movernos en nuestro escondite. Enteleridos, demacrados, con el pelo en desorden, más parecíamos juerguistas al final de una estruendosa cuchipanda que asustados mortales poniendo a buen recaudo su pellejo. Yo veía a las Gallardos lívidas, ojerosas, despechugadas, y ellas quizá me miraron como a un Lázaro, en pantalones y camisa, que resucitara nuevamente.

—¿Ya se irían los bandidos? ¿Qué habrá pasado afuera?

—Cállense —les dije—; voy a ver si me asomo por alguna parte y puedo descubrir algo. Con grandes esfuerzos desdoblé las piernas y me puse en pie detrás del altar, cubiéndome con los macizos candelabros que alzaban al cielo sus gruesos velones, como brazos pidiendo misericordia. Recorrí con los ojos desde el presbiterio a la puerta mayor. Ni un alma en las bancas, ni en los recodos de las mamparas, ni en los huecos de los confesionarios, llenos todavía a esa hora de discreta penumbra. La Virgen en su retablo parecía suspirar entristecida, mirándose en completo abandono, y en el altar contiguo, señor San José levantaba una mano severamente, cual si amonestase a su esposa.

—¡No te quejes, María, y resignate con tu soledad! ¡Si esas malas personas llegasen a pasar por aquí perderíamos tus exvotos de oro y se iría para siempre tu corona de reina!

Junto al cancel de la puerta mayor veíanse un hombre y una mujer en grupo caprichoso: ella, una viejecita rugosa y de blanco pelo, en actitud humilde y servicial; él, bronco y cejijunto, zaino de color, con un enorme sombrero de palma metido hasta las orejas y un *cashné* solferino anudado al cuello.

El hombre estaba sentado junto a la mesilla de la confidencia, sopeando deleitosamente en un tazón de chocolate y, de vez en vez, acariciaba con los ojos, como la vaca al bece

rrito, la carabina que brillaba al alcance de su mano. La viejecita, con ademán diligente y temeroso, allegábale monedas, picones, chilindrinás.

—No termina aún el zafarrancho —dije en voz baja a mis compañeros—, ni estamos solos todavía; uno de los bandidos desayuna tranquilamente en la puerta del templo, y si quieren ustedes verlo, les bastará con asomarse un poquito.

—¡Ni falta que nos hace; lo que deseamos es que se vayan pronto a la porra!

Volví a mi agujero para seguir tajando los minutos con la filosa navaja del pensamiento.

De pronto, las campanas de la torre rompieron a cantar.

—¿Qué pasará? ¿Serán ellos los que repican en son de burla? —nos preguntábamos sin resolvernos a salir de la cripta, cuando en el templo se escucharon pasos y voces conocidas:

—¡Salgan, salgan, que ya no hay nadie!

Atropelladamente abandonamos nuestra guarida a tiempo que el sacristán se acercó y me dijo:

—Venga pronto, lo necesitan.

—¿Qué sucede?

—Dicen que su mamá está herida y que se ha vuelto loca,

Temblando de emoción, arranqué a toda prisa tras de aquel hombre. Al salir de la iglesia, en uno de los puestos del mercado, vi un numeroso grupo de gentes humildes en torno de una persona envuelta en un sarape. ¡Era mi madre! Mi madre, toda temblorosa, ensangrentada y llorando desconsoladamente. Al verla de tal guisa la vergüenza azotó mi rostro, como azota el capataz a un vil esclavo cogido en falta.

—¡Hijo, por fin te encuentran! —díjome entre sollozos lastimeros.

—Cálmate, mamacita, aquí estoy sano y salvo.

—¡Pero tu padre, no! —gritóme con acerba expresión de reproche—. Lo plagiaron esos hombres perversos y lo asesinarán sin misericordia, porque piden rescate y ya no tenemos dinero para darlo. Acabaron con la tienda y con todo, hijito...

—No te aflijas, mamá; conseguiré lo que haga falta, pediré prestado, limosna si fuera preciso.

Lloraba yo, como un mocoso de tres años, y ronco de rabia me decía: "¡Cobarde, egoísta, canalla! ¡Me oculté como una mujer entre las mujeres: es justo, pues, el castigo!"

Mi madre no dejaba de sollozar y de repetir palabras incoherentes: "¡Mataron a Aurelia!... ¡Las manos!... ¡Las manos!... ¡Escóndanme, que vienen con la reata!..."

Salió del portal doña Chucha y, compadecida, ofrecióme una taza con hojas de naranjo.

—Que su mamacita se lo beba. Tiene unas gotas de refino, que es lo mejor para el susto.

—Pero dime, mamá; ¿estás herida? ¿Cómo has venido a dar aquí? Te llevaré a casa y allí, metidita en tu cama, me contarás lo sucedido.

—No voy. Allí mataron a Aurelia y sus manos ensangrentadas me persiguen por todas partes.

—Cálmate, pues, y dime lo que pasó.

—¡Ni recordarlo quisiera! Llamaron al zaguán ayer, a eso de la media tarde. Tu padre salió a abrir, tan animoso como siempre, y de un golpe entraron más de quince *pelados* de esos. Ninguno entendía razones. Amartillaban las carabinas apuntando a tu padre con ellas.

"No sé dónde he leído que la única diferencia que existe entre los diablos y los bandidos es que los diablos son menos negros de lo que se dice y los bandidos más sucios de lo que se piensa. Mirando a éstos de cerca lo comprobé.

"—Venga el dinero, viejo muelón.

"—Muelón y no tengo ni un diente —les contestó tu padre, queriendo amansarlos con un chiste de los suyos.

"—Cállese, viejo *raicionario* y suelte la plata.

"—No tengo dinero; si ustedes quieren algo de la tienda, pasen y tómenlo, pero respeten las habitaciones de mi familia.

"—Viejo, lo que tú quieres es que no demos con la *tate* que has de tener enterrada.

"—Amárrenlo y llévenselo al general para que él le saque los pesos —dijo uno.

"Yo vi cómo ataron a tu padre y cómo lo sacaron a empujones, igual que si llevaran una res al matadero. Del zaguán regresaron varios y comenzaron a registrar la casa. Pronto dieron conmigo y, al verme, un cabecilla dijo a los otros: —que lo seguían:

"—Aquí está la vieja; traigan una reata para colgarla, y ésta si nos dirá dónde está el entierro. —Cref llegada mi última hora, hice acto de contricción y me encomendé a Dios con toda mi alma. En esto Aurelia, la criada, que se había ocultado detrás de los cajones vacíos del corredor, al oír que me iban a colgar, salió de su escondite para defenderme. ¡Quién hubiera pensado que era tan fiel y de tan buen corazón

"—Tengan lástima de la señora, que está enferma y la van a matar del susto.

"—¡Miren lo que nos cayó de arriba! —gritaban aquellos hombres, aullando como fieras. Uno la estiraba por un lado; otro pretendía tumbarla en el suelo, pero ella logró desasirse y se agarró con ambas manos a las varillas de mi cama. --

Destrozaron sus ropas, le arrancaron mechones de pelo sin lograr desprenderla de allí. De pronto, uno de los forajidos desenvainó el machete, y como un rayo lo descargó sobre las muñecas de la infeliz criatura. Una lluvia de sangre empapó la cama y salpicó mi ropa (mira, hijito, mira). Entre todos la llevaron fuera, creo que moribunda, pero sus manos mutiladas quedaron fuertemente adheridas a los hierros de la cama. ¡Yo no podré olvidarlas nunca! Cuando me dejaron sola, arrastrándome como pude, llegué a la ventana y me tiré por ella, con la suerte de que nadie me viera, y, vagando entre los pasillos, he pasado la noche, esta noche angustiosa y triste, que parecía no tener fin."

De nuevo lloraba y sollozaba mi viejecita, y yo, de nuevo también, me increpaba cada vez con más furia: "¡Cobarde, cobarde, cobarde!"

En cambio, la mañana parecía vestida de fiesta. El aire, rompiendo sus redomas de cristal, llenaba de olores toda la tierra; de los huertos se difundía la fragancia de las frutas maduras que se balanceaban en las ramas, como pequeños incensarios; de la alberca ascendía el suspiro sensual de los nenúfares, como un perfume de encendidos pebeteros.

¡Naturaleza indiferente, Naturaleza cruel que respondes a nuestras lágrimas con la sonrisa de tus rosas! ¡Cómo, en aquellos instantes de amargura, sentí el deseo desatentado de coger una piedra y hacer añicos tu cielo azul y cómo anhelé pisotear tu traje vaporoso, todo bordado de azucenas!...

NO ES ESTA LA REVOLUCION

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora, fueron los almacenes de "La Fama", pero ayer pasó por aquí García Chávez y en campos de soledad quedaron convertidos.

Mirando el panorama se contristaba el corazón más duro sobre el mostrador, las botellas vacías semejan un ejército en derrota; los pomos de conservas daban la impresión de juguetes destrozados por un niño travieso; desaparecieron las

piezas de percal y los zapatos echaron a correr, como muertos que abandonaran sus cajas, obedientes a un mandato divino; los trastos de porcelana habían sido y no eran ya, y los botes de nácar, las chaquiras y las lentejuelas policromaban el polvo de azúcar cual si bordaran en un lienzo blanco un vistoso traje de luces.

¡Con qué esforzada laboriosidad acabaron estos hombres con todo! No encontrábase un cigarro, ni una cinta, ni una hoja de papel libres de manchas. En un pliego de popotillo, del que se destina a la correspondencia amorosa, un honrado ladrón dejó escrito este documento:

"Vale al triunfo de la causa por diecisiete puros de La Prueba.—*Silverio Archundia.*"

A culatazos destrozaron todas las macetas, con la esperanza de encontrar en ellas alhajas o dinero. Los colchones fueron desfundados a punta de cuchillo y con las vedijas alborotadas parecían carneros a medio esquila. Abrieron mi baúl de un tiro en la cerradura, sin que su campanita de alarma hubiera protestado, y extrajeron, codiciosos, una pequeña arquilla de sándalo creyéndola repleta de hígados relucientes, pero como en ella tan sólo guardaba reliquias y cartas de amor, ¡oh, manes cariñosos de Lupe, Laura, Sabina, Victoria!, las desparramaron por el suelo y las pisotearon sin piedad. Quedóme la tarea de recogerlas una a una, como el vendimiador los pámpanos de oro.

Aambulaba por mi tienda desolado y acometíame el deseo de llorar sobre sus ruinas, pero —Boabdil amigo— temí el apóstrofe de tu madre: "Lloras como mujer lo que no supiste defender como hombre."

Era mi casa una jaula rota de la que huyera para siempre la alondra de la alegría. Habían resultado estériles todos mis esfuerzos constructivos; inútiles todas mis privaciones voluntarias. Bastó un solo papirotazo de la fatalidad para que mi pequeño castillo de naipes rodara por el suelo.

Tal cúmulo de emociones postró a mi madre en su lecho, pero su imaginación no descansaba, y seguía a mi padre sin

saber por dónde —¿muerto?, ¿vivo?—, quizá agonizante, después de torturas infinitas.

Diríase que los ruidos de la casa, solidarios de nuestra tristeza, se habían puesto sordina: el loro no cantaba; el filtro seco ya, interrumpió su monótona lección de piano, y hasta la mona, con un instinto reminiscente del peligro, oía tocar la puerta y subíase a los árboles, atisbando entre las ramas con sus ojillos negros, como dos cuentas de azabache.

Los amigos nos visitaban diligentes. Los amigos pobres, los de las *barillas* del portal, los de los puestos de fruta. Con los ricos en estos casos no se cuenta; evitan comprometerse y, además, les enfada el dolor ajeno.

Por boca de todos conocíamos la relación de los sucesos del pueblo:

—A Gabriel lo hirieron.

—A Concha tuviéronla tocando el piano y cantando la noche entera.

—Cántame veinte veces seguidas *El Desterrado* —le dijo uno de *cashné* solferino, llevándole acusiosamente la cuenta.

—Ese del *cashné* fue el que vi desayunando en el templo

—Pues es el humorista de la pandilla. Llegó a la tienda de Silverio, por la salida de Las Piedras, y le pidió un millón de pesos como préstamo forzoso. Silverio se sonrió, tomando a broma tales palabras.

"—Un millón o lo perjudico —díjole el malvado, apuntándole con la carabina a la cabeza. El comerciante, todo tembloroso, sacó de un escondite una bolsita de manta que contenía unos sesenta pesos.

"—Aquí tiene esto.

"—¡Qué tal, amigo, y decía que no me aflojaba el milloncito de pesos!"

—Es el mismo que llamó a Roque, el sastre, para que le hiciera un vestido en dos horas, con amenazas de ahorcarlo — si no lo terminaba en dicho plazo. Y se hizo tomar las medidas sin apearse de su yegua.

Don Merced vino con el regalo de sus flores, que a mí me parecieron una ofrenda mortuoria, y me dijo, al llegar, — esta frase sencilla y profunda como un símbolo:

—Compañero, te ensangrentaron las *paranguas*.

¡*Paranguas!* Único haber en la choza del pobre, hogar al que converge toda la familia para calentarse a su amable rescaldo.

La cara descolorida del compadre Perea también asomó por la puerta. Llegó cubierto de barro y, tan nervioso, que no cesaba de chupetear su cigarrillo de hoja.

—¿De dónde sale usted, compadre?

—Del mirador. Allí pasé la noche en un constante sobre salto, porque esas gentes dieron batida tras batida por todas las huertas, alumbrándose con hachones de ocote. Yo trepé como pude a un árbol y me escondí entre sus ramas, pero si llego a ser *huilota* me atrapan encandilado con las luces.

—¿Y su papá?

—Nada sabemos de él.

—¿Y su mamá?

—Desvariando, entre la vida y la muerte.

Una ojeada bastó a Perea para darse cuenta de mi completo desastre.

—Esto se acabó, compadrito. ¿Y qué va a hacer usted ahora?

—Comenzar de nuevo a subir la cuesta...

—Pero maldiciendo por fin a la Revolución, ¿no?

—No, compadre Perea; pillaje y saqueo no son Revolución. Revolución es un noble afán de subir, y yo subiré; es esperanza de una vida más justa, y yo me aferro a ella. Hoy más que ayer me siento revolucionario, porque de un golpe volví a ser pobre. La Revolución, como Dios, destruye y crea y, como a El, buscámosla tan sólo cuando el dolor nos hiere...

EXODO

Angustiado y triste, con las alforjas vacías y sobre un borriquillo trotador salí de Tacámbaro en una mañana de agosto, limpia y transparente como un capelo.

Al llegar a lo alto del *Canelillo* detúveme para mirar al pueblo por última vez: sus casas se apretaban como un rebaño de ovejas, ramoneando bajo los aguacates, y las grises montañas de Tierra Caliente me dieron la impresión de dromedarios que se esfumaban en un lejano desierto.

Mis ojos se nublaron de lágrimas y, a través de ellas, tomé por pañuelos, agitándose en el aire para despedirme, a una bandada de palomas blancas que voló de un alero...

FIN DE
"DESBANDADA"

JUAN RULFO.
(1918)

Mexicano. Nació en Sayula, Jalisco. Pasó la niñez en la hacienda de sus abuelos. En 1924 perdió a su padre: "lo mataron una vez cuando hufa... y a mi tío lo asesinaron, y a otro y a otro... y al abuelo lo colgaron de los dedos gordos, los perdió... todos morían a los 33 años". Pocos años después se le murió su madre. Estudió para contador y ha trabajado en la oficina de Migración, la Compañía Goodrich y la Comisión de Papaloapan. Publicó sus primeros cuentos en la revista *Pan* de Guadalajara. Sus únicos dos libros son muy conocidos y estimados: la colección de cuentos *El llano en llamas* (1953) y la novela *Pedro Páramo* (1955), ambas publicadas por el Fondo de Cultura Económica. Su segunda novela, *La cordillera*, anunciada desde hace mucho tiempo, todavía no se ha publicado.